

UN BOSQUEJO DE LA PREHISTORIA SUDAMERICANA (*Los hitos principales*)

AUGUSTO CARDICH *

Sudamérica fue un continente isla durante gran parte de la edad de los mamíferos, esto es, dentro de los últimos 70 millones de años (Simpson 1964:59). A fines del Plioceno o principios del Pleistoceno, hace aproximadamente dos millones de años, emergió la conexión con América del Norte, mediante el istmo de Panamá. Esto fue, desde luego, un acontecimiento muy anterior a la presencia del hombre en América.

El tema de la antigüedad del hombre en Sudamérica está ligado, claro está, a uno mayor, referido a toda América. Aquí encontramos una vieja controversia de los autores, la que aún subsiste. Las diversas posiciones se podrían reunir en tres grupos: 1) Los partidarios de una alta edad, que pueden incluir varias decenas de miles de años (20.000 años o más según cada investigador, y no faltan, los menos, que señalan hasta 100.000 años); se basan en algunos hallazgos y fechados, que muchos rechazan y otros dudan, en espera de mayores confirmaciones. 2) Los autores que afirman que la llegada del hombre se habría producido entre los 12.000 y unos 15.000 ó 20.000 años, contando con muchos hallazgos y algunas dataciones radiocarbónicas. 3) Los que en base a la edad radiocarbónica segura de numerosas muestras de un complejo de cazadores del paleoindio de Norteamérica, llamado Llano (Clovis), no aceptan una edad mayor a los 11.500 años antes del presente (A.P.) para tal llegada del hombre a América.

Se pueden plantear observaciones, para estimar que la fecha tendría que ser algo anterior a los 11.500 años A.P. Reparando, por ejemplo, que en edad similar o próxima a la anotada, había ya una diversidad de culturas líticas a lo largo de América, y esta diversidad muchas veces en ambientes ecológicos parecidos, habría necesitado de varios milenios teniendo en cuenta el lento proceso de las culturas antiguas. O la otra alternativa, que habrían ingresado en varios momentos grupos u oleadas con diferentes patrones culturales, que asimismo habrían requerido de prolongados tiempos. Otro argumento está implícito en que hay fechas altas de la presencia humana en el extremo sur de Sudamérica, y el tiempo necesario para el desplazamiento de estas poblaciones humanas, aceptando su entrada por Bering, habría sido lento, pues el avance en estos casos tiene un carácter colonizador, con muchos grupos, que posibiliten colaboraciones, manteniendo relaciones sociales, y que además, propicien la exogamia. Todo lo cual necesita de un marco temporal apreciable, acaso de varios miles de años.

Por otra parte, de acuerdo a la mayoría de los investigadores la aludida inmigración prehistórica fue realizada por grupos del Paleolítico Superior del Viejo Mundo, es decir por el *Homo sapiens* de la subespecie actual. Se ha venido ratificando también que el grueso de los inmigrantes vinieron de Asia, por Bering, y no se descarta que hubieran agregados menores de otros continentes o regiones, por otras vías. Habrían arribado con un apreciable legajo cultural para su tiempo, aunque con desniveles entre los diversos grupos.

Ahora bien, entre los elementos fundamentales para el estudio de las culturas más antiguas se cuenta con los artefactos de piedra, tanto por su perdurabilidad como porque constituyen buenos indicadores sobre las formas de vida, de algunos patrones tecnológicos y, ante todo, estilísticos. Los hallazgos de estas industrias líticas y las dataciones o estimaciones cronológicas en territorios de Sudamérica han posibilitado que varios investigadores hayan propuesto esquemas sobre la antigua prehistoria de América del Sur. Han surgido, asimismo, otras vías de estudio, por ejemplo, en el campo de la lingüística, en este caso desde décadas anteriores, teniendo en cuenta la gran cantidad de idiomas nativos, buscando reunir en familias lingüísticas para aproximarse a determinar orígenes en el Viejo Mundo y descifrar si corresponden a una o más corrientes inmigratorias. Hay también investigaciones de morfología dental. Ultimamente ha tomado importancia el estudio sobre el ADN mitocondrial con promisorias perspectivas (Greenberg 1987, 1989; Meltzer 1993). Probablemente se conseguirán valiosos aportes para alcanzar mayores conocimientos sobre tan importantes temas.

Sin embargo, si queremos remontar en la historia de las investigaciones del pasado prehistórico de este subcontinente, debemos avanzar, primeramente, a momentos anteriores a la etapa científica tal como la que conocemos en la actualidad. Sólo la capacidad para la observación general, para captar las tradiciones y cierto sentido del tiempo y de

la historia pudieron favorecer alguna formulación aproximada sobre la prehistoria. Entre estos precursores tenemos al cronista indio de la Sierra del centro del Perú, don Felipe Guamán Poma, quien escribiera alrededor del año 1600 una voluminosa obra perfectamente ilustrada. En la primera parte de esta crónica tan valiosa y hoy muy reconocida y ponderada, presenta su esquema de la prehistoria andina con cuatro principales edades (Uari Uiracocha Runa, Uari Runa, Purun Runa y Auca Runa), más una anterior de los Sacha Runa (hombres silvestres de escasa cultura) y otra edad final de los Incaprunan (hombres del incario), que termina con la conquista hispánica. Es una propuesta genial y la ciencia actual ha generado conclusiones que coinciden en gran parte con ella, inclusive en las estimaciones cronológicas (Tello 1939; Cardich 1971).

Un número apreciable de viajeros y estudiosos han tenido también la inquietud de conocer el pasado sudamericano, en los siglos posteriores; sin embargo el grueso de los aportes más relevantes se producen en el último siglo o poco antes.

Ahora, dentro de la llamada etapa científica, que según la opinión generalizada empezaría a mediados del siglo pasado, vamos a nombrar a algunos de los principales autores. Tenemos, la relevante figura científica de Florentino Ameghino. En los temas que estamos tratando, se le conoce por su teoría sobre el autoctonismo en el origen del hombre americano; esta teoría fue rebatida en el Congreso Americanista de 1910 (Hrdlicka 1912). Empero, Ameghino ha dejado importantes aportes. Hay un informe breve de sus investigaciones en Córdoba (Ameghino 1985), donde en sólo 3 páginas señala la secuencia completa de la prehistoria de aquella región, que se puede proyectar para gran parte de América del Sur. Sus trabajos en terrenos del Observatorio Nacional en Córdoba consistieron en excavaciones y hallazgos, uno en capa (0.60-1.20 m) de restos humanos dolicocefalos en un contexto precerámico, en que destacan unas puntas líticas "en forma de almendra" a los que posteriormente se le llama puntas ayampitin (González 1961:14) y además de fragmentos de huesos de fauna actual. Y otro nivel cultural, también en excavación y a poca distancia de la anterior, y en capa (0.60-0.80 m) con esqueletos humanos braquicefalos, puntas de flecha, cuchillos, molinos de piedra, hachas pulidas, instrumentos de hueso y, ante todo, cerámica. Aparte de estos hallazgos, en la página 9 informa de descubrimientos en otros lugares de Córdoba de vestigios más antiguos, con huesos de animales extinguidos y posibles fogones en capas muy profundas.

Ahora podemos nombrar a otros autores reconocidos que han publicado sus escritos sobre la más antigua prehistoria de América en la segunda mitad de este siglo. Nombraremos a autores como Osvaldo Menghin (1957), Pedro Bosch Gimpera (1964), Alex D. Krieger (1964), S. Canals Frau (1950), Alan Bryan (1965), Gordon Willey (1971), Betty Meggers (1972), Paul Martin (1973), Richard Mac Neish (1976), J.K. Kozlowski (1981), Thomas Lynch (1983), D.

Meltzer (1993), para el caso americano en general. Hay también otros autores que se han ocupado de Sudamérica o de sectores menores, entre ellos A.R. González, J.M. Cruxent, F. Engel, G. Correal Urrego, J. Schobinger, D.E. Ibarra Grasso, E. Lanning, D. Lavallés, C. Gradín, A. Sanguinetti de Bórmida, L. Nuñez, O. Ortiz-Troncoso, E. Salazar, F. Dillehay, E. Miller, P.L. Schmitz. Y últimamente se están sumando autores jóvenes, entre varios otros C. Gnecco, G. Ardila, C. Santoro, G. Politis, L. Miotti y N. Flegenheimer.

Estas visiones de conjunto nos acercan a apreciar una cierta complejidad en el poblamiento y en el proceso cultural más antiguo de Sudamérica. Unos autores sostienen la prioridad de la industria de puntas, como la de los cazadores del Pleistoceno final, entre las que destacarían un tipo con acanaladura y de poco espesor, y otro con un tipo de puntas en forma de hoja y espesa, y se hablan de subtradiciones diferentes para estos dos grupos. Asimismo hay otras formas de puntas como las pedunculadas de Brasil y las de Paiján en la costa del Perú. Otra posición, con buen respaldo, es la que afirma que arribaron con anterioridad las culturas líticas carentes de puntas de proyectil y que habrían persistido hasta tiempos recientes, y convivieron contemporáneamente con representantes de las culturas de puntas que habrían llegado en tiempos más recientes. Y un autor como A. Bryan sostiene que hubo invención en Sudamérica de dos tipos de puntas: una punta en forma "hoja de sauce" y la otra de "cola de pescado", sobre la base de industrias sin puntas que habrían llegado muchos milenios antes.

Al avanzar las investigaciones sobresalen determinadas localidades arqueológicas, como focos de estas diversas culturas. Nombramos a El Jobo (Venezuela), Tibitó (Colombia), El Inga (Ecuador), Lauricocha (Perú), Tagua Tagua, Monte Verde y Fell (Chile), Piedra Furada (Brasil), Cerro La China, Arroyo Seco, Los Toldos y El Ceibo (Argentina), entre otros. Con excepción de El Inga y Lauricocha, en los otros yacimientos se hallaron no sólo restos de fauna actual sino también de fauna pleistocénica. Anteriormente hemos escrito que a fines del Pleistoceno y los albores del Holoceno, las culturas de cazadores de la Patagonia habían alcanzado un importante auge y brillo, favorecidas por las extensas estepas ricas en herbívoros (más extensas cuando estuvo emergida una parte de su amplia plataforma marítima). Destacaron por su magnífica industria lítica y por su asociación con restos de fauna no sólo actual sino también de algunas especies hoy extinguidas como el milodón, el caballo prehistórico y *Lama gracilis*; y, ante todo, por su hermoso y abundante arte rupestre, en que destacan las figuras de animales, escenas de caza, los negativos de manos y obras abstractas, no faltando como en El Ceibo una gran figura predominante de un enorme felino, probablemente de *Felis onca mesembrina*, hoy extinguido y que a fines del Pleistoceno o inicios del Holoceno viviera por estas regiones australes (Cardich 1979). Sería acaso una de las escasas pinturas de megafauna extinguida en América. Luego, prosiguiendo en el Holoceno, apreciamos que estos focos de las culturas más sobresalientes aparecen centrados

en otras regiones, aquí destacan las culturas de los Andes tropicales con su núcleo en los llamados Andes Centrales (Andes peruanos y un sector menor del centro-oeste de Bolivia).

Uno de los hitos interesantes de la Prehistoria sudamericana está relacionado con el tránsito de las antiguas sociedades de cazadores y recolectores hacia la agricultura y la domesticación de animales. En dos áreas principales se producen las primeras experimentaciones del cultivo: 1) Algunas zonas de los Andes tropicales y sus vertientes contiguas, donde se llegaron a domesticar numerosas plantas. Entre las más valiosas tenemos a la papa, el tomate, el algodón, los porotos, calabazas, una línea de maíz sudamericano, maní y otras. Se han detectado los inicios en el Holoceno Temprano, es decir alrededor de 9.000 años atrás o poco antes, figurando entre los centros más antiguos de domesticación en el mundo. Los principales sitios en los que se han determinado las mayores edades son las cuevas de Guitarrero, Tres Ventanas y Jayhuamachay, en los Andes peruanos. Sin embargo, la agricultura plena se establece mucho después, hacia los 4.500 a 5.000 años A.P. Y 2) Se habla también de otros centros cerca a las desembocaduras de los ríos Amazonas y Orinoco, que poseen algunos fechados radiocarbónicos tempranos, pero más recientes que en los Andes.

En cuanto a la domesticación de animales, como el roedor cuy o cobayo (*Cavia*), y los camélidos llama y alpaca, se producen también en determinadas zonas de los Andes tropicales. El cuy puede haber sido domesticado muy temprano, pues sus restos aparecen como desechos de alimentación del hombre en Colombia (cueva Tibitó) desde el 11.700 años y en Cumbe (Perú) desde el 10.550 años A.P. Posiblemente se produce su domesticación en tiempos algo posteriores, cuando el hombre alcanza cierto semisedentarismo. La llama y la alpaca, se domesticaron hace 6.000 años en las punas del centro del Perú, de acuerdo a las investigaciones de D. Lavallée y colaboradores (1985), en Telarmachay. Luego más tarde, estas prácticas se difundieron a todos los Andes Centrales y a las regiones de puna aledañas. Últimamente se ha publicado que en el Holoceno Medio de la zona central de la Patagonia (exactamente en el norte de la Prov. de Santa Cruz, en el área de Los Toldos) se han detectado indicios arqueológicos de un posible ensayo de pastoralismo incipiente de camélidos durante el nivel Casapedrense (7.200 a 4.850 años A.P.), que quedó truncado cuando sobrevino una tremenda erupción del volcán Hudson en la última fecha anotada, más intensa que la que se produjo recientemente en el año 1991, y que habría cubierto de cenizas la zona con el consiguiente éxodo y dispersión de los casapedrenses, que no volvieron a Los Toldos. Al parecer, desperdigados por diversas zonas, retrocedieron a las actividades anteriores de cazadores, pues sus características láminas aparecen en otras zonas en menor porcentaje y en fechas más tardías y algunas veces con el agregado de puntas de proyectil (Cardich y Paunero, 1993, 1994).

Al observar el panorama de Sudamérica de esos tiempos, se advierte un cambio importante en la organización de algunas de estas sociedades de cazadores y recolectores, cuando en varias regiones empiezan a dar el paso hacia las sociedades complejas con la formación de señoríos. Los primeros se iniciaron hace poco más de 5.000 años, muchas sociedades que alcanzaron posteriormente esta condición la mantuvieron hasta la conquista hispánica, otros avanzaron en el proceso. Poco tiempo después se adopta y se generaliza lentamente el uso de la cerámica. Las dataciones radiocarbónicas para la localidad de Valdivia (Ecuador), señalada como la más antigua es de 4.335 a 5.275 años A.P. en 43 análisis de carbono¹⁴ (Meggers 1985:14). Hoy sabemos que no fue una tecnología imprescindible para los avances que se estaban dando, aunque ha resultado muy útil para las investigaciones arqueológicas modernas. Otro hito o avance para señalar es el surgimiento de la metalurgia, que se produce varios siglos antes de Cristo en los Andes Centrales, Colombia y el Noroeste de Argentina, y que a diferencia de Asia occidental y Europa, no como una tecnología práctica orientada a la confección de armas, ruedas o arados, sino para adornos y mostrar status social, poder político e ideas religiosas, como señala H. Lechtman (1988).

Empero el hito más notable corresponde a los tiempos en que emerge el Estado en Sudamérica, y se produce en sociedades aún precerámicas. Este paso significó el nacimiento de una civilización, la llamada Civilización Andina y acontece en los Andes Centrales a mediados del milenio 5to. A.P. Es la más antigua de su género en América y está cerca de las de más edad del mundo, y destaca, además, porque es una civilización sin parentesco anterior, de acuerdo a Toynbee (1951:157). Se formó en la región central y nor-central del Perú, y, según nuestras investigaciones, los primeros centros de poder político y religioso se originaron en las tierras altas (Cardich 1988) y se expandieron por la Sierra y Costa del centro y norte del Perú, propagando y también capitalizando avances culturales y organizando un nuevo proceso, con estructuras administrativas inéditas y a otra escala. Se produjo el incremento de la agricultura y del riego, del almacenamiento y conservación de alimentos, promoción de nuevos cultígenos, del pastoralismo de la llama y la alpaca, aumento poblacional con diferencias sociales, y ante todo, la expansión del poder político y religioso que propició la construcción de sus grandes centros ceremoniales. Ahora, prosiguiendo en el tiempo, después de este Horizonte Inicial, y en la misma tradición de la Civilización Andina, encontramos importantes manifestaciones culturales con sus núcleos principales en Chavín, Moche, Tiahuanaco, Huari, Chimú, Cusco.

La arqueología de la etapa agro-alfarera en Sudamérica ha estado y está siendo atendida por numerosos investigadores que han hecho un sustancial aporte. Hay al respecto una serie de publicaciones científicas, aparte de libros y manuales que ha divulgado suficientemente los estudios.

Ahora, nosotros, para cerrar este breve bosquejo de la Prehistoria Sudamericana, recordamos que en los Andes Centrales, sobre la rica tradición señalada, emergió el Imperio de los Incas, que ocupó luego el centro oeste de Sudamérica, a lo largo de los Andes y costa del Pacífico, desde el sur de Colombia hasta la región central de Chile y Argentina. Capitalizó e incrementó la notable riqueza cultural de sus antecesores, y acentuó en su organización un aspecto que resulta fundamental en el progreso de los pueblos, cual es el de la celeridad en la información y en las comunicaciones, como señalan algunos autores, por ejemplo H. Elsenhans (1993), para el caso del mundo actual. En ese aspecto los Incas fueron los adelantados de su tiempo y consiguieron el control y el manejo del enorme imperio. Destacaron en la rapidez de las comunicaciones mediante los chasquis, el transporte con llamas, sus tambos o posadas en las rutas, la construcción de silos a lo largo y ancho del imperio, y ante, todo los magníficos y colosales caminos que aún hoy se pueden admirar después de 500 años.

* Profesor Emérito. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, U.N.L.P. La Plata, Setiembre de 1994.

BIBLIOGRAFIA

- Ameghino, Florentino. 1885. Informe sobre el Museo Antropológico y Paleontológico de la Universidad de Córdoba durante el año 1885. *Boletín de la Academia Nacional de Córdoba*. Tomo VIII. Buenos Aires.
- Bryan, Alan L. 1965. Paleo-American Prehistory. *Occasional Papers*, Museum Idaho. State University, N° 16. Pocatello.
- Cardich, Augusto. 1979. A propósito de un motivo sobresaliente en las pinturas rupestre de El Ceibo. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo XII. Buenos Aires.
- Cardich, Augusto. 1988. *Civilización Andina: Su formación*. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONCYTEC). Lima.
- Cardich, Augusto y Rafael Paunero. 1993. Arqueología de la Cueva 2 de Los Toldos (Santa Cruz, Argentina); *Anales de Arqueología y Etnología*, T. Nos. 46/47. Mendoza.
- Hrdlicka, Ales et al. 1912. Early Man in South America. Bureau of American Ethnology, Smithsonian Institution, *Bulletin*, n° 52. Washington.
- González, Alberto Rex. 1961. La estratigrafía de la gruta de Intihuasi (provincia de San Luis R.A.) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica. *Revista del Instituto de Antropología* (Univ. Nac. de Córdoba), tomo I. Córdoba.
- Guamán Poma, Felipe. (1600). 1944. *Nueva Coronica y Buen Gobierno*. Publicada y anotada por A. Posnansky. La Paz.
- Krieger, Alex D. 1964. Early Man in the New World. En *Prehistoric man in the New World*, Ed. J. Jennings y E. Norbeck. Chicago.
- Lynch, Thomas F. 1983. The Paleo-Indians. en *Ancient South Americans*, Ed. J. Jennings. San Francisco.
- Martin, Paul S. 1973. The Discovery of America. *Science*, vol. 179, 4077.
- Meltzes David J. 1993. Pleistocene Peopling of the Americas. *Evolutionary Anthropology*, vol. 1, n° 5, New York.
- Menghin, Osvaldo F.A. 1957. *Vorgeschichte Amerikas. En Abriss der Vorgeschichte*, Ed. R. Oldenbourg. Munich.
- Willey, Gordon. 1971. *An Introduction to American Archaeology*, vol. II: South America.